

Por llegar á su campo los mancebós;  
 Del padre de la luz los rayos nuevos  
 Astros, nubes y sombras dispersaban,  
 Cuando Zerbino, cuyo heroico empeño  
 En momentos cual este  
 No le permite abandonarse al sueño,  
 Allí llegaba, al frente de la hueste  
 Con que hostigó toda la noche al moro.

A Cloridano viendo y á Medoro,  
 Hacia ellos presto tuercen el camino,  
 Ansiosos de botín, los de Zerbino.  
 « Aquí dejemos, » dice Cloridano,  
 « La carga, amigo, ó perecer es cierto.  
 « ¿ No fuera empeño vano  
 « Morir dos vivos por salvar á un muerto? »

Dice; y el busto helado  
 Soltando, huye, creyendo  
 Que, su ejemplo siguiendo,  
 Tras él camina el compañero amado,  
 Por quien hubiera, á sospechar su suerte,  
 Consentido en sufrir mil veces muerte.

De su señor Medoro mas amante,  
 Sobre sus hombros el cadáver carga;  
 Mientras Zerbino, á recelar viniendo  
 Que moros pueden ser, y conociendo  
 Que no será su resistencia larga,  
 Con los unos les cierra toda via  
 Mientra embestir á los demas encarga.

De altas hayas y espesos matorrales  
 Allí una selva entónces existia,  
 Cuyo oscuro recinto,  
 Poblado de feroces animales,  
 Formaba inextricable laberinto.  
 Por verse dentro de su sombra amiga  
 Uno y otro mancebo se apresura;  
 Mas á otro canto es fuerza que me siga  
 Quien saber quiera el fin de esta aventura.

## CANTO XIX.

Medoro herido, y Cloridano muerto. — Amores de Angélica y Medoro. — Su enlace. — Su partida á Oriente. — Llegan Marfisa y sus cuatro compañeros al pais de las mujeres homicidas. — Singular usanza de este pais. — Los paladines y Marfisa penetran en la ciudad. — Combate de Marfisa con diez guerreros.

Mientra en el carro de fortuna rueda,  
 Nadie hay que decir pueda  
 Si es con verdad amado  
 Por los amigos de que está cercado.  
 Mas la suerte feliz como suceda  
 Que en áspera se trueque, sin demora  
 Vuelve la faz la turba adulatora,  
 Que solo amor sincero  
 Es, en dicha y desdicha, duradero.

Si llevarse pudiese descubierto  
 El pecho cual la cara,  
 Mas de un grande, estoy cierto,  
 Que á su rey muestra fe continua y rara,  
 De la plebe sumiérase en el fango,  
 A un plebeyo quizás cediendo el rango.

Mas, con este motivo, hablar de nuevo  
 Quiero del fiel mancebo  
 Que erra sin norte en la intrincada selva,  
 Y á quien la grave carga que se ha impuesto  
 Veda que á dar con su camino vuelva.  
 Cloridano, que en tanto con pié presto  
 Los bosques ha traspuesto,  
 Se aflige, se arrepiente,  
 Y, de su amigo al contemplarse ausente,  
 « ¿Cómo, » se dice, « cómo fui tan loco,  
 « Cómo, ¡oh Medoro! te estimé tan poco,  
 « Que pude abandonarte  
 « Donde no sé si volveré á encontrarte? »

Dice; emprende de nuevo su camino  
 Por medio á la maleza,  
 Y por la misma senda por do vino  
 Corre derecho á su fatal destino.  
 Pronto á escuchar empieza  
 La enemiga algazara y gritería,  
 Y á Medoro ve, en fin, que la batalla  
 Contra cien de á caballo sostenia.  
 Bien que solo, y por tantos atacado,  
 Su vida en gran conflicto el jóven halla,  
 De su dueño el cadáver adorado  
 Sobre la yerba tiende,  
 Y de un fresno ó de un haya vueltas ciento  
 En torno da con cauto movimiento.  
 Tal osa á quien sorprende  
 En su guarida el cazador, luchando  
 Entre el amor y la ira, se defiende;  
 A ensangrentar sus uñas y su boca  
 El furor la provoca;  
 Ternura y compasion su amor le inspira,  
 Y viendo á sus cachorros, cesa su ira.

Como acorrerle en situacion tan grave  
 Cloridano no sabe.

La muerte no le asusta; mas matando  
 Quiere al ménos morir. Aguda flecha  
 Del arco lanza, pues, con diestra mano,  
 Que fuera á un escoces los sesos echa,  
 Sin vida derribándolo en el llano.

Vuelven todos la vista, y mientras uno  
 A los demas pregunta  
 De do salió la emponzoñada pñña,  
 Manda otra á aquel, y con certeza tanta,  
 Que le corta la voz en la garganta.

El príncipe escoces, que de Medoro  
 Respetar se propuso la existencia,  
 Pierde en fin la paciéncia;  
 Hácia él se llega y su cabello de oro  
 Agarrando con furia,

« Vas, » le dice, « á pagar tamaña injuria. »  
 Pero no bien tan bella faz advierte,  
 En compasion su cólera convierte.

« Por el Dios que veneras, »  
 Dice el moro con voces lastimeras,  
 « No me vedes honrar á mi buen amo,  
 « Este solo favor de tí reclamo.  
 « Si hácia la vida algun amor conservo,  
 « Es á fin de impedir que águila ó cuervo  
 « Su cadáver insulte.

« Deja, déjame pues que lo sepulte  
 « Y de mí dispon luego como quieras;  
 « Dame la muerte; entrégame á las fieras. »

Del bello jóven al acento triste  
 Zerbino no resiste,  
 Y el amor dulcemente  
 Mezclarse á la piedad en su alma siente.

En esto, empero, con osada mano  
 Un soldado villano  
 Que los mandatos de su jefe olvida,  
 Hierde á Medoro el delicado pecho.  
 Llena al bravo Zerbino de despecho  
 Audacia tal, y su ira se redobla  
 Cuando al mancebo ve que el cuello dobla  
 Y al suelo viene sin señal de vida.

« No ha de quedar, » prorumpe, « sin venganza  
 « Tal desafuero; » y lanza  
 Rápido su corcel en seguimiento  
 Del fiero matador, que huye al momento.

Cloridano, que en tierra ve á su amigo,  
 Ciego de enojo y de ira,  
 Sale del bosque, el arco al suelo tira,  
 Y en medio del ejército enemigo  
 Se precipita; su dolor le ofusca;  
 Venganza y destruccion y muerte busca.  
 La tierra en breve con su sangre esmalta;  
 Su furia aumenta, su pujanza afloja;  
 Y cuando al brazo en fin la fuerza falta,

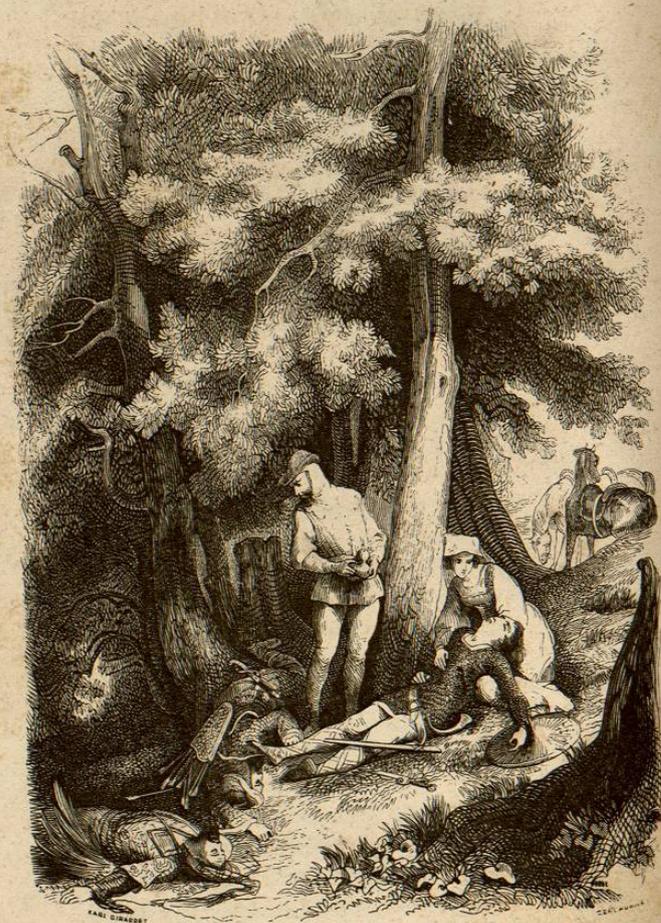
Junto á Medoro por morir se arroja.

Del irritado principe Zerbino  
 Por la selva despues sigue el camino  
 Su gente, que al un moro  
 Muerto dejó y al otro vivo apena.  
 Largo rato tendido, el fiel Medoro  
 Su sangre derramó por ancha vena,  
 Y su vida por ella se exhalara  
 Si un ángel á estorbarlo no llegara.  
 En esto, envuelta en traje de pastora,  
 Llega allí por acaso una doncella,  
 De regio porte y gracia encantadora.  
 Por si alguno lo ignora,  
 La ilustre vírgen era  
 Del gran kan del Catay rica heredera.

Llena de gozo al contemplarse dueña  
 Del anillo que un dia  
 Brunelo le quitó, la compañía  
 De los héroes mas grandes ya desdeña,  
 Y córrese al pensar que por amante  
 Tuvo un tiempo al de Anger y á Sacripante.  
 Mas que todo otro error, haber ardido  
 Por el hijo de Amon le causa enojos,  
 Que parecele haberse envilecido  
 Poniendo en él sus altaneros ojos.

Tanta arrogancia soportar no pudo  
 El rapazuelo amor. De aguda flecha  
 Armando el arco crudo,  
 Junto á Medoro á la doncella acecha.  
 Ella, no bien de una cercana muerte  
 La palidez en el mancebo advierte,  
 Siente que poco á poco se desliza  
 En su alma una piedad que la esclaviza,  
 Y que á medida aumenta  
 Que su misera historia el jóven cuenta.

De una esmerada educacion prelude  
 Es en India el estudio  
 De la médica ciencia.



Angélica socorre á Medoro herido. (T. I, p. 345.)

Que al hijo siempre el padre da en herencia.  
 Recordándose Angélica de nuevo  
 Cuanto de este arte sabe, con el jugo  
 De una yerba que vido  
 Cerca de allí, propónese al mancebo  
 Sustraer de la muerte el impio yugo.

Busca esta yerba, y córtala, y con ella  
 Hacia Medoro vuelve la doncella,  
 Y encontrándose acaso  
 Con un pastor que con ligero paso  
 Tras de una yegua que se huyó, corría,  
 Le ruega la acompañe hasta el paraje  
 Que el triste jóven con su sangre esmalta.  
 De su caballo allí llegando salta,  
 Y del suyo al pastor manda que baje.

Hacia Medoro luego se adelanta,  
 Y con sus lindas manos de la planta  
 Entre dos piedras exprimiendo el jugo,  
 El tierno pecho que atrevida punta  
 Hirió, y el vientre, y las caderas unta  
 Del bello joven, dando en el instante  
 Fuerzas al cuerpo y gracias al semblante.

Del pastor el caballo pudo en breve  
 El mancebo montar; pero insepulto  
 No piensa que dejar mas tiempo debe  
 El cadáver objeto de su culto.  
 Ni á Cloridano olvida, y en la tierra  
 Con su amado señor al paje encierra.

Parte despues. A compasion movida  
 La dama, y á seguirle decidida  
 Mientras su riesgo dure, le acompaña  
 De un bondoso pastor á la cabaña.  
 Allí despacio examinando luego  
 Del moro la beldad, la gallardía,  
 Siente Angélica en su alma cada día  
 Crecer de amor el devorante fuego.

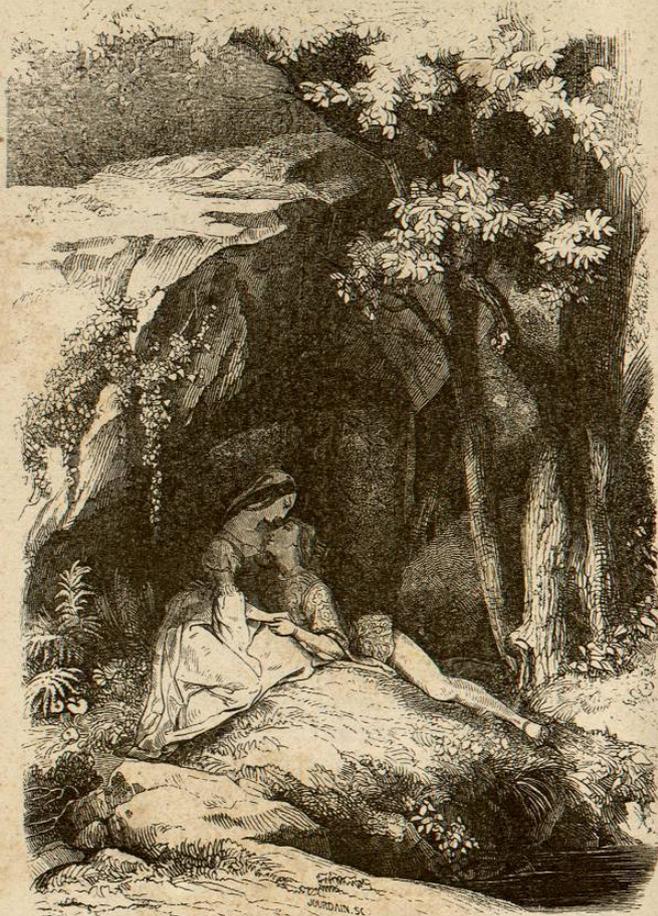
Entre dos altos montes se percibe,  
 Sobre un llano, en la selva, la morada

Bella y recientemente edificada  
 Donde el pastor con su familia vive,  
 Y do la dama con el jóven entra.  
 De nuevo allí venda su herida, y mientras  
 Cicatriza esta llaga,  
 Su propio corazon lima y estraga  
 Otra mayor, mas honda,  
 Que con dardo invisible abrió la mano  
 De amor, oculta en la guedeja blonda  
 Del amigo infeliz de Cloridano.  
 Arde la dama y arde en llama inmensa:  
 Cura el ajeno mal, y el suyo agrava;  
 Y, olvidada de si, tan solo piensa  
 En aquel de quien es rendida esclava.

A medida que él sana,  
 En su pecho ella siente  
 De una fiebre voraz ya el fuego ardiente,  
 Ya el helado temblor. Cada mañana  
 Del moro la beldad, la gracia acrece;  
 La de Angélica en tanto desaparece  
 Cual nieve intempestiva  
 Al ver del claro sol la lumbre viva.

La infeliz, que á su mal no ve remedio,  
 Sucumbir debe á su amoroso tedio,  
 Como, sin esperar á que él la invite,  
 Al jóven ella audaz no solicite.  
 De la vergüenza, pues, rompiendo el freno,  
 De seducción su voz sus ojos arma,  
 Y su pasión declara al sarraceno,  
 Que, bien que sorprendido, no se alarma.

¡Oh rey Circaso! ¡oh príncipe de Anglante!  
 ¿De qué os sirven, decid, en este instante  
 Vuestro valor, esfuerzo ó nombradía?  
 ¿Con cuál premio ha, decid, hasta este día  
 Esa fiera beldad correspondido  
 A cuanto habeis por ella padecido?  
 Y tú, rey Agricano,  
 Que duro siempre hallastes é inhumano



Amores de Medoro y Angélica. (T. I, p. 347.)

Su corazon, ¿qué pena no sintieras  
Si el mármol de tu tumba alzar pudieras?  
¡Oh Ferragut! y ¡oh! en fin, cuantos en vano  
Por esa dama ingrata  
Sacrificios hicisteis! ¿qué dijerais  
Si en los brazos la vierais  
Del que toda esperanza os arrebató?

A su Medoro Angélica confía  
La fresca rosa intacta todavía;  
Que á nadie penetrar jamás fué dado  
En tan bello vergel hasta aquel día.  
Por cohonestar la cosa, celebrado  
Es con gran ceremonia  
El matrimonio, que el amor termina,  
Y del cual la pastora fué madrina.

Mas de un mes con Medoro  
Quédase allí su enamorada amiga,  
Y, bien que de ella el jóven no se aparta,  
Bien que sus cuellos lazo eterno liga,  
De verle jamás harta,  
Siente ella sed que nunca se mitiga.

De noche y día, en la cabaña ó fuera,  
Del uno el otro marcha siempre al lado.  
Juntos de algún arroyo la ribera  
Buscando van ó algún frondoso prado,  
Y cuando el sol á su zenit se eleva,  
Tal vez se acogen en propicia cueva  
Cual la que, en brazos de la amante Dido,  
Al adalid Troyano un tiempo vido.

Entre tanto placer, árbol no había  
Junto á parlero arroyo, ó fuente pura,  
Que de los dos amantes la ventura  
No recordara en su vetusto lomo.  
Hasta en la peña dura  
Sutil cuchilla dibujara como  
De Medoro y de Angélica los pechos  
Une el amor con vínculos estrechos.  
Volver hácia el Levante

Desde allí piensa en breve la doncella,  
A poner de su amante  
Sobre las sienes su corona bella.

Puesto Angélica lleva un brazalete  
Que, de un amor que eterno le promete,  
Le dió en memoria el paladin de Anglante.  
Esta joya á Ziliante dió Morgana,  
Cuando oculto lo tuvo dentro al lago.  
De Orlando la pujanza soberana  
Libertando á Ziliante, obtuvo en pago  
De tan heroica hazaña  
La joya que él destina en el momento  
A la beldad que causa su tormento.

Ella la acepta con placer, no tanto  
Por su afición hácia el guerrero, cuanto  
Por su belleza é inestimable precio.  
En la insula del llanto  
Puesta en su bello brazo la tenia,  
Y yo no alcanzo como con desprecio  
Pudo mirarla aquella gente impía.

No teniendo otra prueba de su aprecio  
Que dar al buen pastor por su acogida,  
El brazalete á su mujer entrega  
Angélica, y le ruega  
Lo acepte por su amor. De la cabaña  
Saliendo luego, hácia los montes parten  
Que dividen la Francia de la España.  
Al pasar estos montes, divisaron  
La mar que baña el campo de Gerona,  
Y siguiendo su costa, al fin llegaron,  
Por trillado camino, á Barcelona,  
Do aguardar es su intento  
Por partir al Levante nave y viento.  
Antes de entrar en la ciudad, hallaron  
Junto á la playa un hombre que, de lodo  
Cubierto el lomo, el pecho, el busto todo,  
Daba evidente indicio  
De que no estaba en su completo juicio.

No bien á los dos jóvenes divisa,  
Hácia ellos corre, ansioso de hacer daño,  
Este hombre, cual mastin hácia un extraño.

Mas á hablar voy de nuevo de Marfisa,  
De Astolfo, de Grifon y de Aquilante  
Y de los otros que, en su afán prolijo,  
La muerte tienen sin cesar delante.  
Cada vez mas soberbia y arrogante  
La mar los mece sin camino fijo,  
Y, durante uno y otro y otro día,  
Por su encrespada espalda así los guía.

Rompe la onda enemiga  
El castillo de proa y la obra muerta,  
Y al marinero obliga

A lanzar en su boca siempre abierta  
Lo que á su enojo destructor escapa.  
Cual, á la luz de una linterna oscura,  
Fijos los mustios ojos en el mapa,  
Su incierta dirección hallar procura.  
De la popa á la proa discurriendo,  
El mísero marino

Al polvo que el reloj va desprendiendo  
Consulta sobre la hora y el camino.

En la cubierta, con el mapa en mano,  
A sus marinos el piloto junta,  
Y á cada cual su parecer pregunta.  
Cual piensa que lejano

No debe estar de Límiso el bajo;  
Cual las rocas de Tripoli barrunta,  
Donde destroza el mar tanto navío;  
Cual se aflige y suspira contemplando  
Que en torno á Satalia está girando.

Diversamente cada cual opina  
É igual terror á cada cual domina.  
El viento, que con ímpetu arremete,  
Al tercer día en fin rompe el trinquete;  
La mar redobla su coraje fiero  
Y se lleva al timon y al timonero.